



MEMORIAS PARA EL IIJ-UNAM

Francisco Chan

La vida nos depara muchas sorpresas. Una muy grata fue ser becario del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. En 2012, después de iniciar mis estudios de maestría en la División de Estudios de Posgrado de la UNAM, me vi en la necesidad de ampliar mi material de investigación. Por tal razón, le pregunté a un compañero y amigo mío qué lugar me recomendaba para investigar y él, que en ese momento era becario, me dijo: —¿Por qué no vas a la Biblioteca de Jurídicas?

Cuando llegué estaba atónito, no podía creer que incursionaría en el lugar donde habían estudiado los juristas más destacados de todo el país. El Instituto era un referente en cualquier lugar de México, incluida mi querida tierra Mérida, Yucatán.

El trámite para conseguir una credencial como usuario de la biblioteca fue muy sencillo. En pocos minutos ya podía entrar y consultar una infinidad de libros, revistas, compendios, diccionarios, enciclopedias, etcétera. Sin embargo, tenía una limitante que para mí fue crucial: lamentablemente, no podía llevarme los libros a casa. Para subsanar tal situación me recomendaron entrar como meritorio en algún área del Instituto. Por tal motivo, le pregunté a la doctora Nuria González Martín si podía apoyarme a ingresar, y ella amablemente me comentó que el *Boletín Mexicano de Derecho Comparado* necesitaba de meritorios que apoyaran en las cuestiones editoriales.

Primero como meritorio y luego como becario, apoyé durante casi tres años en el *Boletín*. Una vez finalizada mi labor, el doctor Juan Vega Gómez,

a quien le tengo un muy especial aprecio, me invitó a trabajar en la revista *Problema*, la idea de continuar en el área editorial me parecía acertada, y tenía algunos proyectos personales en mente que podía compaginar con tal empresa. En esta última revista trabajé otros tres años.

Durante ese tiempo me di cuenta de que el Instituto no únicamente era un espacio intelectual donde convergían estudiosos del derecho, también era un lugar de *convivio* donde se podía conocer personas de todas partes del país y de otras nacionalidades, y de *amistad*, pues conocí gente que ahora quiero y aprecio mucho. Todo eso significa el Instituto para mí, un lugar que durante muchos años se convirtió en mi hogar.

Conforme va pasando el tiempo uno va desarrollando un cariño muy especial a ese edificio gris azulado, la hermosa vista de las montañas y el cielo azul en las mañanas despejadas, el canto de los pájaros, y hasta el atraco de las terribles ardillas en busca de alimento.

En los meses de contingencia se extraña caminar en sus pasillos, la amena plática matutina, la comida en el jardín Sepúlveda, la lectura tranquila desde el silencio de la Biblioteca y las festividades que unen a la comunidad. Cada una de sus secciones me llena de innumerables anécdotas y vivencias.

Sería una labor muy difícil mencionar a cada persona que me ha ayudado en el Instituto, desde una copia fotostática hasta la formación y defensa de una tesis. A cada una de ellas, les agradezco profundamente de todo corazón y saben que siempre contarán con un *amigo*.

Mérida, Yucatán, septiembre de 2020.